



HOMENAJE A GARCÍA PAVÓN
LA INFANCIA CONTADA

La infancia republicana de García Pavón

Fernando Valls

«...prefería la verdad a la fábula...»

Francisco García Pavón

En 1961 aparecieron los *Cuentos republicanos*, con el número 2, en la colección de *Narraciones*, de Taurus.¹ El volumen se reeditó en 1970, con los mismos textos veinte textos, en la colección *Áncora y Delfín*, de Destino. “Posiblemente —ha escrito García Pavón— han sido éstos mis cuentos más celebrados por la crítica y acogidos por autores de antologías y traductores”.² Este libro es el primero de una trilogía que luego completaría con *Los liberales* (1965) y *Los nacionales* (1977). Y el mismo autor ha recordado que “viene a ser, estética y cronológicamente, la segunda parte de *Cuentos de mamá*” (1952). También ha aclarado García Pavón el sentido del título, que no en balde había generado diversos equívocos: “Los titulé así, más que con intenciones políticas y a pesar del republicanismo de mi familia, porque reflejan aquellos años del final de mi infancia y primeros de la adolescencia, que coinciden con los de la Segunda República”.³ Y, además, ha descrito y explicado el volumen: el libro “viene a ser una crónica más o menos completa de mi adolescencia en la época de la República y en el seno de una familia republicana”, y continúa una trayectoria “rememorizante, idealizadora hacia la estampa optimista y completadora o hacia la tragedia también añorada. Cuando yo rememoro no procuro exhumar los datos exactos, sino los que a través de los años perduran en mi memoria con toda la carga trágica o irónica que por mil circunstancias acumulé sobre ellos a través de los años”.⁴

Quizá lo primero que llama la atención es que en la dedicatoria de algunos de estos cuentos rinda tributo de amistad a diversos escritores de su generación, como Eladio Cabañero, Julián Ayesta, Antonio Buero Vallejo, Jesús Fernández Santos, Ignacio Aldecoa, Rafael Azcona y Eusebio García Luengo. Como también parece hoy singular, y dice mucho de las precariedades y de la indefinición en las que se movía el género, que bajo el marte de *cuentos* recoja unos textos que andan a caballo entre el citado género, la crónica costumbrista y lo memorialístico.

Todos ellos están narrados desde el punto de vista de un niño que recuerda su pasado. Y sabemos, por diversas declaraciones, que tienen un importante contenido autobiográfico: “lo autobiográfico es visceral en mí”,⁵ confirma García Pavón. “El entierro del ciego” quizá no es sólo la mejor pieza del volumen sino la que se acerca más a lo que hoy entendemos por

cuento literario. El texto, comenta el autor, se basa en una historia “ocurrída cuando yo era un hombre hecho y derecho [aunque la acción transcurre en 1931, cuando él tenía 12 años], liga la obsesión que siempre me produjo el dueño de la casa de prostitución más importante que hubo en Tomelloso y las leves noticias que me llegaron de su entierro”.⁶ El primer contraste se produce entre el punto de vista infantil y el asunto del relato, que no es otro que el escándalo que se crea al morir el Ciego, el dueño de uno de los burdeles más afamados del lugar, por que dejó dicho que amenizara su entierro la Banda Municipal, a lo que se negó el alcalde, y que se tocara el tango “Adiós muchachos, compañeros de mi vida”.

Las cinco partes tipográficamente diferenciadas que componen la historia de un “muerto en entredicho” responden a otros tantos asuntos significativos. En la primera se presenta el conflicto, los “altercados con lo civil y lo canónico”: la oposición entre “la burguesía y la clase pretenciosa”, capitaneada por el alcalde, y “el estado llano”. La metáfora y obligada sustitución de la Banda Municipal por la Rondalla Cultural Recreativa, que será la que finalmente amenice el entierro, a pesar de la oposición de los curas, es buena prueba de las fuerzas sociales en juego. Así, el entierro se convierte en una manifestación, tan dolorosa como política, de las clases populares.

En la segunda parte recorre la calle de las Isabeles, donde se encuentran los dos burdeles más afamados del pueblo, el de la Carmen⁷ y el del Ciego. El velatorio del difunto ocupa la tercera parte, en la que sobresale la descripción de “las mujeres del gremio de la ingle” y del “personal macho”, o sea de “todos los productores del ramo de la fornicativa”. Pero habría que destacar la esperpentización a la que somete a las prostitutas, cuyas “caras — escribe — eran flores de trapo con ojos turbios y bocas rotas”.

La llegada al velatorio de Pepa la Padilla, famosa cupletista local, y quizá hija del difunto, ocupa la cuarta parte del cuento. Desde entonces el protagonismo pasa del muerto a la cantante, que se convierte en “*maitre de escena*”, y cuyo “trase-ro” no sólo interesa a los caballeros sino que también da pie a una graciosa clasificación de los culos, que hace el redicho *Coleóptero*, un niño amigo del narrador.

En la quinta y última parte se narra la llegada de los curas, que se mantienen a una cierta distancia de la casa, generando un gran alboroto. La descripción de “ellos” y “ellas”, la asistencia al entierro de hijos de buena familia, el coqueteo de los hombres con las fulanas y el consiguiente escándalo entre las

“Sí, tenía el agudo presentimiento de que don Urbano, mi padre, los Quirós, y todos los republicanos jubilados y esperanzados en la cultura y la libertad, eran como niños, a los que se había concedido un breve recreo, para que dijeran sus bobadas, versillos y canciones. Mientras ellos, los de siempre, con el sombrero hasta las cejas, los bigotes llenos de nicotina o las mantillas de los toros (ellas), aguardaban de codos sobre la barrera el momento de tocar el clarín y acabar con aquella bulla de niños ilusos.”

Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

Ya no es ayer

“mujeres decentes” llevan al desenlace en el que, por iniciativa de *la Padilla*, se canta el tango que deseó el difunto.⁸

Otro de los cuentos más logrados es “Paulina y Gumersindo”. El autor lo ha descrito como la “dramatización y cierre de una historia que medio vi y medio escuché”.⁹ En él se narra la emotiva y sencilla relación amorosa entre un matrimonio de campesinos, cuyos nombres le proporcionan el título al texto. La trama parte de las visitas que la madre y la abuela del narrador, en compañía de éste, le hacían a la “hermana Paulina”;¹⁰ el gusto de las tres mujeres por el recuerdo de “cosas antiguas de gentes muertas” (p. 102); y el recuerdo del tío bisabuelo del autor, Vicente Pueblas, alcalde de Tomelloso durante la Revolución del 68 y con la Primera República.¹¹

El amor entre Paulina y Gumersindo se muestra en la separación del matrimonio durante la semana, cuando él trabaja en su “viñote”, luchando con los enemigos atmosféricos; en los fines de semana que pasan juntos, respetando el pueblo sus deseos de aislamiento; y en la muerte del marido: la terrible desazón que le produce a Paulina, cómo lo lava y amortaja y sufre en silencio, sin lágrimas, el entierro. Hasta el punto de que sólo lo pudo sobrevivir varias semanas.¹²

Estos cuentos *republicanos* se inician con una serie de textos que describen diversas ceremonias o acontecimientos que impresionaron al niño o que, al recordarlos, le parecen significativos. En “La novena” recuerda la atmósfera, el olor “malísimo”, que se creaba en la iglesia durante el novenario de las Ánimas del Purgatorio, al que lo llevaba la hermana Eustaquia, y sobre todo el espectáculo que suponía el sermón del predicador dominico. El narrador va mostrando su admiración y sorpresa ante lo que ve, aclara conceptos (como el ya citado de “hermana” o el de “ánima”) y se sorprende ante otros (el uso de “nave” referido a una parte de las iglesias; la relación entre “purga” y “purgatorio”).¹³ Y las burlas del abuelo Luis,¹⁴ al volver a casa, al preguntarles si habían logrado sacar más o menos ánimas del purgatorio.

“El bautizo” y “El partido de fútbol” son textos que el autor presenta como “crónicas bastante exactas”.¹⁵ El primer cuento tiene tres partes: la merienda del bautizo, con la que comienza y concluye el relato, que ocupa gran parte del texto; la ceremonia religiosa y el partido de fútbol. En él se narra, con ingenuidad infantil, un “lujosísimo, de máximo pago”, “un bautizo de sol”. Todo el largo primer párrafo es un modelo perfecto de prosa sensorial e impresionista, que se transmite “como a través de persianas caprichosas”, “en cuñitas fugaces”: el sol, las ropas, las joyas de los invitados, sus risas, los juegos de los niños y las sensaciones y reflejos adquieren protagonismo. No en vano está dedicado a Julián Ayesta, autor de la excelente *Helena o el mar del verano* (1952), con la que tanto tiene este texto en común. En las páginas finales se narra el baile durante la merienda del bautizo, con la visión del niño fascinado ante los tangos de Aladino, los pasodobles y el amor de una pareja, lo que todavía no acaba de entender aunque empieza a intuir. Y el excelente final, en el que retrata con una rápida pincelada la tacañería de la abuela.

“El partido de fútbol”, crónica *sui generis* del encuentro Tomelloso-Manzanares, surge al tirar de un hilo que aparecía en el cuento anterior, en el que se definía este deporte como de “hombres fuertes que corrían en un teatro grande sin techo”

(p. 20). Aquí, el veterinario lo describe como un juego “natural de los ingleses, que gustan de cansarse corriendo detrás de las cosas inútiles y sin argumento” (p. 28) y poco después el niño comenta que “consistía en correr todos para allá detrás de la pelota. Y de pronto todos para acá” (p. 29). El comienzo es igualmente significativo, pues se comparan diversos aspectos de los toros y del fútbol. En éste, se dice, no trotan los caballos sino los hombres, para concluir que “los españoles [a diferencia de los ingleses] prefieren los toros porque en ellos hay algo ‘práctico’, hay drama” (p. 28).

Pero lo que más llama la atención es la visión humorística de un partido de fútbol, por alguien que no sabe dema-

Lo primero que llama la atención es que en la dedicatoria de algunos de estos cuentos rinda tributo de amistad a diversos escritores de su generación, como Eladio Cabañero, Julián Ayesta, Antonio Buero Vallejo, Jesús Fernández Santos, Ignacio Aldecoa, Rafael Azcona y Eusebio García Luengo

siado del asunto y que lo observa como una representación teatral, con sus actos y protagonistas, aunque —y de eso se queja el chico— carente de argumento. La alusión a la llegada al gobierno del general Berenguer fecha el desarrollo de la acción en 1930. El relato concluye con la alusión del abuelo a que “en Valencia [de donde acaba de volver] se respiraba república”.

El cuento titulado “El coche nuevo”, donde aparece Lillo, el amigo carretero del abuelo, que tanto protagonismo tiene en la obra de García Pavón, “refleja el día de la llegada a casa de mi abuelo de aquel Ford que yo vi desde que tuve conocimiento y tal como lo conté en “El Ford” de *Cuentos de mamá*, y que naturalmente no tuve ocasión de verlo llegar por primera vez”.¹⁶ Parece todo él pensado para la perorata final del abuelo, en defensa “del progreso de las ciencias, de Blasco Ibáñez, de don Melquíades Álvarez y de la democracia americana, gracias a la cual se hacían autos, y no en pueblos ‘retrospectivos’ como España” (p. 42).

Un relato más costumbrista es “El jamón”, en el que también el abuelo, cansado del negro Ford T, decide comprarse una tartana y acercarse a Tirteafuera para probar el celebrado jamón de Jerónimo, “que era el que mejor sabía curarlos de todo el universo mundo” (p. 45). La fascinación de Lillo por Casiana, “moza muy coloreada y gordita”, lo lleva a relatar la intencionada “historia de una posadera”, de la misma forma que la suculenta comida lleva al anfitrión a recitar el “Bota mía...”, una exaltación del vino, que si el texto tuviera más enjundia, podríamos calificar de eulogía satírica. En “La frescachona” se cuenta un día de excursión y cómo los chicos —mientras se dedicaban a “cazar pájaros con gato”— observaron a la Mamerta deshacerse —de forma cómica— de Rufo, el “hombrecillo” que intentaba propararse con ella.

La impresión que causó en su casa la noticia del fallecimiento del “gran hombre y novelista” Blasco Ibáñez se narra en “La muerte del novelista”. Tras la cual, Valdivia, un republicano amigo de la familia, comenta que “la causa de la libertad sufrirá con su falta” (p. 68). En “Juanaco Andrés, el que llegó de México” cuenta el autor que “vuelve sobre el tío de América, pero ahora deformado por la visión, que a través de lecturas y *films* yo creía que debía ser un verdadero tío de América”. El retorno del emigrante produce en el pueblo expectativas de si traería oro o no. Mientras que los niños lo aceptan, pues les cuenta historias de México, los republicanos lo rechazan porque critica su ideología y los tacha de “simplones ilusos”. El “escándalo reaccionario” que produce su opinión lo acaba llevando a la tumba.

Estos cuentos republicanos se inician con una serie de textos que describen diversas ceremonias o acontecimientos que impresionaron al niño o que, al recordarlos, le parecen significativos.

Este texto tiene algo de esperpento valleinclinés y no sólo por el motivo sino también por el estilo, cuyo mejor ejemplo puede ser la descripción de Juanaco (p. 79), el episodio de su muerte y la escena de codicia de los vecinos.

Con la excusa de la entrega de unos muebles en la capital, el abuelo invita a sus operarios a una comida de celebración en Botín, en la que se cuentan diversas anécdotas. Así, en “Comida en Madrid”, se alerta sobre el peligro que suponía para la República las manifestaciones de obreros y estudiantes, y cómo “con el trabajo se arregla todo” (p. 93). El texto acaba con un comentario del abuelo, al pasar por el palacio de Oriente, sobre su satisfacción por no ser ya súbdito de los Borbones.

Pero quizá el cuento más sorprendente y ambiguo del volumen, además de uno de los mejores, sea “Yo tuve el ombligo frío”. Relata en él los recuerdos de lo que, siendo niño, le pasó una noche: el frío que sentía en el ombligo, el llanto de su madre, las voces del padre, los susurros de los que entraban y salían de la casa, las preguntas del juez y del médico... Y, después, las miradas maliciosas y las misteriosas risas de los niños del colegio, el cambio de centro escolar... ¿Qué fue *aquello*, qué pasó aquella noche? No logra saberse a ciencia cierta, pero sí se cuentan los antecedentes, la fiesta del case-río durante aquella tarde, cómo torearon... Este es un cuento de atmósfera en el que García Pavón recrea muy bien un enigmático episodio de ¿violencia sexual? que sufrió, y ni entendió ni recuerda, el niño que lo narra.

Otros seis cuentos tratan de la experiencia escolar y de los cambios que se producen con la llegada de la República. Los textos, en los que impera el humor, transcurren entre el costumbrismo, la visión crítica y los ritos adolescentes de iniciación. En “El colegio de don Bartolomé”, “primaria y bachillerato”, o sea en el Colegio de la Reina Madre, se cuenta cómo transcurría la jornada escolar, entre el desinterés del profesor, que pregunta la lección sin dejar de leer el *ABC*, y desayuna en la clase morcilla frita,¹⁷ vino y pan, y las bro-

mas obscenas de los alumnos, que reciben su correspondiente castigo. Mientras que —como un *leit motiv*, que reaparece en otros cuentos (pp. 115, 116 y 123)— una lata con agua que arde sobre la estufa, impidiendo el tufo, vale como la única y espontánea lección —de física, en este caso— que se imparte en el aula.

En “La cuestión política en el colegio de don Bartolomé” se narra “la gran venganza” que unos niños, “Manolo y su banda (*gánsters* de Al Capone) y Eugenio y sus bucaneros”, llevan a cabo una tarde de abril de 1931 con Bartolomé, alias *Toffe*, el hijo del director, declarado “enemigo número único”, por “monárquico liberal dinástico, incondicional de las instituciones tradicionalistas y decadentes”. Si en la primera parte del relato se cuenta el prendimiento de *Toffe*, condenado a ir al cepo, en el corralillo; en la segunda, su padre —convertido en “verdugo”— somete a “Antoñito el gordo, ex *carca*” a los diversos grados del “martirio bartolomeico”, con sus preguntas sobre el paradero de su hijo desaparecido, que concluyen con el alumno meándose de miedo ante sus compañeros..., con la confesión de Manolo (“Su hijo ha sido condenado al cepo por designio popular al no haber abjurado de su fe monárquica”) y con los alumnos huyendo en manada del “colegio retrógrado”. Y todo ello, en uno de los aciertos del cuento, respunteado por los comentarios que *el Coleóptero*, un alumno redicho —que aparece en varios relatos del libro— le hace al narrador.

A lo largo del día 16 de abril de 1931 transcurre la acción de “La adhesión a la República en el colegio de don Bartolomé”, cuyo lema podría ser “que todo cambie para que todo siga igual”. Se narra la vuelta al colegio, como triunfadores, de los llamados “niños republicanos”, haciendo ostentación en la solapa de la bandera tricolor, y cómo tanto el dueño del centro como su familia parecen haber aceptado la nueva situación política, con el consiguiente cambio de nombre, de cuadros... Pero, por lo demás, el maestro sigue leyendo el periódico *ABC* en el aula y desayunando morcilla frita...

Quizá el cuento más sorprendente y ambiguo del volumen, además de uno de los mejores, sea “Yo tuve el ombligo frío”.

Crueldad y humor son los componentes principales de “El hijo de madre”. En la capacidad del autor para barajar ambos ingredientes estriba el acierto del texto. Se cuenta cómo los compañeros reciben en el colegio a Lilianín, así llamado por ser hijo de la Liliana, que *alternaba* en el prostíbulo del Ciego, y cómo le hacen ver en un curioso interrogatorio cuáles son “sus males”: en resumen, que su madre es una puta. El significativo silencio en el aula, que preside el final del relato (que también aparecía en “La cuestión política...”), no es más que un símbolo del sentido de culpa de estos jóvenes alumnos que reproducen en la clase la intolerancia que impera en el ambiente.

“Dibujo al aire libre” sirve como transición y contraste entre los cuentos que transcurren en el colegio de don Bartolomé y éste, en el que el narrador estudia ya en el nuevo Instituto que ha creado la República, lo que supone la ruina del viejo maes-



Umbral, Antonio López García, García Pavón, y otros artistas manchegos.



García Pavón con López Torres en Ruidera (abril de 1970).

tro, que vaga como alma en pena por el campo, mientras que chicos y chicas —no sin un cierto recelo de algunos padres— dibujan al aire libre, acompañados por la profesora. Uno de los mayores aciertos de este cuento estriba en la quevedesca descripción que se hace del antiguo maestro: “Venía don Bartolomé con el sombrero sobre las narices, las manos en los bolsillos del gabán azul y los negros zapatos puntiagudos. Parecía un paraguas semiabierto que avanzaba por el terragueo. Un cuerpo, una figura hecha de cagarrutas sobre las hierbas nuevas. Un exabrupto de la primavera, una mortaja desbandada. Un pos-trer excremento de muerto antiquísimo. (Debía traer la nariz morada y el colmillo amarillo). Un intestino de bruja mal vestido. Un escroto de burro hecho figura”.¹⁸

“Servandín” es un cuento triste en el que se narra la curiosidad del narrador por ver el grueso bulto que tiene en el cuello el padre de su amigo, a cambio de cuya visión le permite poder jugar con su balón. La mirada del chico cuando recibe la petición (p. 140) y las miradas del padre, su significativo silencio (p. 141), son buen ejemplo de los curiosos vericuetos que puede transitar la inocente humillación a la que el joven narrador —cuya familia tiene una fábrica— somete a padre (que regenta un modesto comercio de ultramarinos) e hijo, a cambio del poder que le confiere la posesión de un balón nuevo.

La aparición de las primeras sandías de Tomelloso, a comienzos de verano, que reemplazan a las despreciadas valencianas, se convierte para los niños del pueblo en un acontecimiento, en una fiesta, en la que los meloneros exhiben y ensalzan la forma y el sabor de la fruta con todo tipo de chanzas de contenido sexual y de dudoso ingenio..., que Salvadocito —el chico más ducho en estas lides, que también lo encontramos en varios textos— explica a sus amigos. Los cuatro amigos, que se han escapado del cole-

ricamente curioso —no sólo en éste sino en todos los cuentos— es la estrategia que utiliza García Pavón para contarnos lo que pretende. En este caso, el contraste entre el coche de Pablo

Lo que parece más significativo es cómo García Pavón reutiliza un material literario, con un fuerte componente costumbrista, para mostrar una visión del mundo cuya característica más notable es la reivindicación de la cultura republicana, de los sentimientos que trajo la República, que contrastaban con lo vivido en los años anteriores.

(“Siempre fue la imagen fugaz del puro amarillo”, p, 185) y el viejo Ford, que se anula con la avería del primero, las dificultades para arreglarlo y la incautación que de ambos vehículos hacen los milicianos. La inquietud de los mayores la viven los adolescentes como unos “días maravillosos”, en los que —olvidados por todos— se dedican a jugar en libertad, a ver estampas con “mujeres desnudas muy gordas”, aunque sus entretenimientos acaben contaminándose del clima social. El amigo de la familia, don Luis, que vuelve de la cárcel, y cuyo único empeño es arreglar el Bugatti amarillo incautado por los milicianos.

La acción de estos cuentos, en suma, transcurre durante los últimos años de la dictadura de Primo de Rivera y hasta el estallido de la guerra civil. Son los años en los que García Pavón estudia en el colegio Alfonso XIII, de Tomelloso, que en 1937 pasó a llamarse Escuela de Santo Tomás de Aquino. En junio de 1936 terminó el bachillerato en el Instituto de su pueblo, que permaneció fiel a la República hasta el final de la guerra. Por tanto, el libro —ya se ha señalado— tiene un importante componente autobiográfico, pues está formado por los recuerdos novelados de la infancia y adolescencia del autor. De todas maneras lo que parece más significativo es cómo García Pavón reutiliza un material literario, con un fuerte componente costumbrista, para mostrar una visión del mundo cuya característica más notable es la reivindicación de la cultura republicana, de los sentimientos que trajo la República, que contrastaban con lo vivido en los años anteriores. Por todo ello resulta difícil aceptar, como ha declarado el autor, que el título del volumen no tenga intenciones políticas.

Lo que, además, logra recuperar es no sólo sus raíces, sus orígenes ideológicos, liberales, republicanos, sino también un lenguaje, el peculiar léxico de la zona, sin que en ningún momento estos alardes lingüísticos lastren el texto. Por todo ello me parecen una excelente muestra de lo que fue el realismo social, que aquí se presenta enriquecido, pues, a la visión crítica del mundo,¹⁹ se añade la riqueza del lenguaje que maneja el autor. Aunque las piezas que componen el volumen tienen independencia, adquieren pleno valor —como a menudo ocurre con los libros de cuentos— en el conjunto, al complementarse. Pues, qué duda cabe, que todas muestran el mundo infantil, sus costumbres y ritos, pero también el de los adultos vistos por un joven narrador que está aprendiendo los intrínsecos del vivir. □

En “El Bugatti”, cuento con el que concluye el volumen, se anuncia el levantamiento de los militares en África, la guerra civil. O sea, los inicios de la contienda vista desde la óptica de un joven. Todo lo que se narra en estos cuentos republicanos podría resumirse en un breve diálogo: “Se van a cargar la República. En este país siempre ganan las derechas”.

gio de don Bartolomé, completan el rito con la compra de una jugosa sandía, que saborean con placer. En este texto, “Las sandías”, lo que parecía sólo un relato costumbrista en prosa poética, se convierte en la escena final en un alegato político del veterinario contra la República que se avecina: “Os aseguro, niños, que como venga la República se acaba todo, hasta las sandías” (p. 181).

En “El Bugatti”, cuento con el que concluye el volumen, se anuncia el levantamiento de los militares en África, la guerra civil. O sea, los inicios de la contienda vista desde la óptica de un joven. Todo lo que se narra en estos *cuentos republicanos* podría resumirse en un breve diálogo: “Se van a cargar la República. En este país siempre ganan las derechas” (p. 188). Pero lo que es retó-

NOTAS

¹ Esta importante colección se inauguró en 1961 con la publicación de *Caballo de pica*, de Aldecoa, que empezó dirigiendo la serie. Tras el volumen de García Pavón que me ocupa aparecieron libros tan dispares como *Hombre a solas* (1961), de Carlos Clarimón; *Cerdeña, mi país*, de María Giacobbe; *El domingo por la tarde* (1962), de Rafael García Serrano; *El Raposín*, de Ramón Pérez de Ayala; *Espionaje* (1963), de Ricardo Fernández de la Reguera; *Los silencios del doctor Murke*, de Heinrich Böll; *Proceso en diciembre*, de E. Díaz Valcárcel; *El tranajo... y la vida o la muerte*, una antología de J. A. de Zunzunegui; *Exhibición peligrosa* (1964), de Carlos Edmundo de Ory; *Los conspiradores* (1964), de Daniel Sueiro; *Pasos y pasajeros*, de Arturo Uslar Pietri; *La rebelión humana* (1968), de Ricardo Doménech, y *Los gatos salvajes y otras historias* (1968), de Juan Antonio Gaya Nuño.

² García Pavón (1983, p. 58).

³ García Pavón (1983, p. 58). En (1973, p. 322) García Pavón recuerda que “viendo a mi abuelo, a mi padre y a mis tíos tan contentos el día 14 de abril de 1931, creí de verdad que la República iba a cambiarnos la vida totalmente. Y recuerdo aquellos días de esperanza con intensidad inolvidable. Quienes convivían con nosotros en aquellos tiempos, y muchas de sus circunstancias, se me grabaron como modelos de vida y trozos de color que durarán en mi magín mientras exista”.

⁴ Vid. García Pavón (1968, p. 112) y (1973, p. 322).

⁵ Vid. Botana (1981) y King (1986).

⁶ García Pavón (1968, p. 113). Se alude también a él en García Pavón (1976, p. 184). Y sobre todo en García Pavón (1972), donde se describe el personaje, el local y la actividad de su negocio.

⁷ Volvemos a encontrarla en el cuento XV de *Los liberales*.

⁸ La relación amor/muerte también se encuentra en “Paulina y Gumersindo” y en “El último sábado”. Vid. O'Connor (1975) y Peña (1989, p. 107).

⁹ García Pavón (1968, p. 113).

¹⁰ En “La novena”, el primero de los *cuentos republicanos*, comienza aclarando que “allí [en Tomelloso] a las mujeres las llaman hermanas y a los hombres hermanos” (p. 11). Cito siempre por la edición de 1970.

¹¹ Sobre este personaje, Vid. García Pavón (1976, pp. 25-27).

¹² En el cuento XII de *Los liberales*, p. 136, se refiere a “la Hermana Paulina, aquella que murió de amor cuando se fue para siempre su marido Gumersindo”. Para Ynduráin (pp. 9 y 10) éste es “uno de los relatos más bellos que he leído: he aquí cómo se puede hacer buena, excelente literatura ‘avec des beaux sentiments’”. Este cuento y “Comida en Madrid” son los textos de este volumen que recoge García Pavón en (1983).

¹³ En “El bautizo” explica que *Camel*, la marca de cigarillos, significa camellos (p. 19); en “El partido de fútbol” no entiende los apelativos que le dedica “la masa o plebe” a la guapa que hace el saque de honor.

¹⁴ “Tanto en los *Cuentos republicanos* como en *Los liberales* la figura de mi abuelo Luis y de su amigo Lillo, muy fielmente recreados, cobran un valor especial. Obedece, sin duda, a una reminiscencia infantil importantísima. Mi abuelo tuvo una gran personalidad, muy por encima del resto de la familia; y aunque para mí nunca tuvo especiales deferencias ni atenciones, fue de las personas próximas, la que, hasta su muerte en 1942, más me impresionó. Su seguridad en criterio y quehaceres, juvenil energía, honradez, capricho, mal genio, fidelidad a los suyos y sentido común, marcaron para siempre mi personalidad” (García Pavón, 1968, p. 113 y 114).

¹⁵ García Pavón (1968, p. 113).

¹⁶ García Pavón (1968, p. 112).

¹⁷ En García Pavón (1976, pp. 27 y 234) se cuenta que el colegio “siempre olía a morcilla frita”.

¹⁸ Sobre la creación del Instituto de Bachillerato de Tomelloso, vid. García Pavón (1976, pp. 233-241).

¹⁹ Buena muestra de la crítica ideológica que se seguía cultivando en los estertores del franquismo es el siguiente comentario de Iglesias Laguna (1970, p. 251): “García Pavón cae a veces en lo reiterativo, en la burla fácil de hombres e instituciones. Instituciones que, sin duda, ofrecen puntos flacos, costados vulnerables, mas ante las que el autor reacciona con acritud que desdice el tono humano de su obra. Así, en *Cuentos republicanos*, junto a momentos muy felices, hay también páginas de sátira eclesiástica inoportuna”.

BIBLIOGRAFIA

- Botana, Alicia (entrevista), *Diario 16*, 30/VII/1981.
García Pavón, Francisco: *Los liberales*, Destino, Barcelona, 1965.
— “Breve viaje a mi obra narrativa”, en AA.VV., *Prosa novelesca actual*, UIMP, Santander, 1968, v. II, pp. 107-116.
— *Cuentos republicanos*, Destino, Barcelona, 1970.
— “El charco de sangre”, *Historias de Plinio*, Plaza & Janés, Barcelona, 1972, pp. 115-206.
— “Algunos aspectos de mi obra narrativa”, en AA.VV., *Novela y novelistas. Reunión de Málaga 1972*, Diputación Provincial, Málaga, 1973, pp. 319-328.
— *Ya no es ayer*, Destino, Barcelona, 1976.
— *Mis páginas preferidas*, Gredos, Madrid, 1983.
Iglesias Laguna, Antonio: *Treinta años de novela española. 1938-1968*, Prensa Española, Madrid, 1970, v. I.
King, Charles L.: “Intrahistory and History: García Pavón’s Autobiographical Short Stories”, *Hispanofila*, 86, IX/1986, pp. 53-67.
O'Connor, P.W.: “Eros y Thanatos in Francisco García Pavón’s ‘El último sábado’”, *Journal of Spanish Studies*, 3, 3, 1975, pp. 175-185.
Peña, Luis de la: “Francisco García Pavón, escritor de cuentos”, *Lucanor*, 4, XII/1989, pp. 91-114.
Ynduráin, Francisco: *Francisco García Pavón*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1982.